

MIDIENDO LAS PALABRAS
ANA ZAFRA

Tierra de gloria



Recuerdo el día en que, hace treinta y cuatro años y con plaza fija en Madrid, conté a un compañero que me mudaba a Extremadura. Recuerdo, exactamente, su expresión de «¿de verdad?», «¿al fin del mundo?».

Y recuerdo, también, al mismo amigo, visitándome poco tiempo después, exclamando «¡qué bien se está aquí!».

Vine de la capital huyendo del lío y los atascos; del miedo a salir de noche; de los desplazamientos larguísimos comprimida en un vagón de metro; de mañanas perdidas en algún trámite que nunca se resolvía.

Hallé una ciudad amable, donde la gente no volvía temerosa la cabeza al caminar, donde no era necesario quitar el radiocasete del coche y donde el tiempo no se perdía en no-lugares aburridos, sino en charlas intrascendentes que relajaban el alma. Me recuerdo andando con el paso madrileño acelerado y cómo el primer día que salí a lo que creía pasear se me acabó la ciudad sin apenas haberla degustado. Intuí entonces que aquí, en esta tierra afable, el camino sí importa porque las piedras acompañan y envuelven, te hablan y, con su sereno permanecer de siglos, te enseñan que, al cabo, correr no sirve de nada. La intuición se hizo vida. Y aprendizaje.

En este extremo duro al sur del Duero, aprendí a aprender. A observar grullas en Navalvillar de Pela, lince por el Matachel, escuchar la berrea en la Sierra de San Pedro y a encontrar paz en la dehesa y ex-

citación en Monfragüe. Contemplando la historia corroboré cuán breves somos: las milenarias manos de Maltravieso, los ecos irresolutos de Tartesos y el tesoro de Aliseda, la grandiosidad de Roma en Mérida o Alcántara, el legado árabe en Badajoz; los palacios renacentistas de Trujillo; el Temple de Jerez; la blanca belleza de Zafra o la modernidad hecha arte del Helga de Alvear cereño.

He aprendido a sostribarme sin hacerme una pitera y a atrochar sin escarrancharme. Soy una mijina farraguas y, tocante a patatera, bastante lambuza. En resumen, soy extremeña de vocación, que no es

mala forma de ser de un lugar. Quiero a esta tierra que me ha dado una vida tranquila, llena de buenos momentos y mejores amigos. Me duelen las estadísticas, las que nunca nos ponen bien y, sin sa-

ber la fórmula del progreso, he intentado transmitir a mis alumnos, futuro de todo, un amor por la tierra sin pequeñez de miras. Defendiendo lo genuino, pero sin perder el tren de lo universal -¡ay, el tren!

Extremadura es rica, muy rica, a pesar de siglos de expolio y de ser siempre la hermana pobre. Es bella, variada, con una cultura ancestral y tradiciones casi mágicas que no deberíamos canjear por promesas de riqueza sucia y dinero que, al final, se lleva más que trae.

Han pasado los años. Esta tierra se ha rejuvenecido y yo he envejecido en ella. Ambas nos hemos acostumbrado a mimarnos y, ahora, volviendo la vista atrás, sé, positivamente, que hice bien eligiéndola.

Quiero a esta tierra que me ha dado una vida tranquila, llena de buenos momentos y mejores amigos

CARTAS AL DIRECTOR

La hostelería impera

Nuestras calles, paseos, avenidas, plazas... están en la actualidad 'señoreadas' por los 'veladores'. Desde primera hora de la mañana se afanan los sufridos hosteleros en sacar sus mesas, sillas, taburetes... para atender en las terrazas a sus clientes, pero en muchos casos invadiendo aceras y comprometiendo el paso de los ciudadanos a pie. Hay incluso alguna parada de autobús que está limitada, cuasi inaccesible, a raíz de las mesas del bar.

Esta pacífica invasión del espacio público se inició por las restricciones en espacios cerrados de la Ley anti-tabaco y a causa de la COVID-19. Desde entonces se ha seguido manteniendo la proliferación de terrazas exteriores a los establecimientos hos-

teleros. Si ha cambiado la situación ¿por qué no cambia la disposición? ¿Quién o quiénes tienen intereses en que no cambie?

Desde luego, el ciudadano de a pie, para el que se debería hacer una política de aprovechamiento y disfrute de su ciudad para pasearla sin ponerle obstáculos, lo sufre. Por experiencia he tenido algún episodio comprometido debido a la situación descrita. No quiero imaginar las personas con muletas, andadores, sillas de ruedas...

Sé de ciudades donde, sin renunciar a las terrazas, no se invaden aceras ni se limita el espacio para transitar. Ahí lo dejo, para quién le corresponda tomar las medidas precisas, en pro de la ciudadanía.

ANTOLÍN V. BERMEJO BADAJOZ

Parques sin sombra

Querido alcalde de Badajoz: me llamo Daniel, tengo cuatro años y mi mamá me ayuda a escribir esta carta. Me gusta mucho Badajoz, pero tiene muy pocos parques para niños y muchos de los parques están a pleno sol. Te escribo para pedirte que pienses más en los niños de esta ciudad y que construyas más parques y sobre todo más parques con sombra. También estaría bien mejorar el transporte público para que haya menos coches, menos ruido, menos contaminación y menos peligro a la hora de cruzar las calles. Me encantaría que Badajoz tuviera tranvía. Te pido también que construyas más carriles bici para que los niños podamos ir en bici hasta el río de forma segura. Y de momento no se me ocurre más. Pero si aca-

so te escribo otro día. Muchas gracias
NOELIA GONZÁLEZ BADAJOZ

Propaganda vs sentido común

Siempre se ha dicho que el sentido común es el menos común de los sentidos y esa afirmación, lejos de ser abatida, es confirmada en la mayoría de ocasiones en las que debemos resolver cualquier tipo de conflicto en nuestras vidas, tanto en el ámbito personal como en el social. También es verdad que la política educativa que se ha impulsado en nuestro país, a lo largo de todos estos años, se encuentra más alejada de impulsar que de adormilar ¿Y por qué menciono estos dos aspectos? Pues, porque el sentido común, una de las herramientas más efectivas para procurarnos una vida lo más provechosa posible, se debe de aprender desde

pequeñitos, en la escuela. No se trata de un producto de venta en grandes superficies comerciales. Es una calidad molesta para intolerantes, ambiciosos, narcisos, hipócritas, mentirosos, violentos, vagos, maleantes y un largo etcétera de lastres que nos custodian en la actualidad. Por desgracia, éstos últimos, suelen ser los utensilios más utilizados por aquellos que deben facilitar, procurando así su miserable permanencia, para casi todos los demás, en el poder. La propaganda, que encima pagamos todos, es utilizada como parapeto detrás del que resguardarse del sentido común. Mientras los valores que reinen en el mundo sean los que son y en manos de los que deben guiar, estamos perdidos. ¡En la escuela, meditación y sentido común, ya!

MANUEL GONZÁLEZ HOLGUÍN BADAJOZ

Las cartas no deberán superar las diez líneas mecanografiadas (800 caracteres) y tendrán que incluir el nombre, apellidos, DNI, dirección y número de teléfono del remitente. HOY se reserva el derecho a extraerlas y no mantendrá comunicación (ni oral ni escrita) sobre las mismas. Dirección de correo electrónico: opinion.hoy@hoy.es

LA BRECHA
JACINTO J. MARABEL

El desembarco



Hay que felicitar a los extremeños y asturianos. Es su día grande. Los medios se llenarán de declaraciones grandilocuentes y las mejores plumas del país se pondrán al servicio de las instituciones. El sentimiento regionalista quedará sobradamente garantizado, por lo que permítame que ponga el foco en una efeméride sobre la que se pasará de puntillas para no molestar al Comen-

dador de los Creyentes del otro lado del Estrecho, no vaya a ser que nos inunde de pateras las costas de Cádiz. Se trata del centenario del desembarco de Alhucemas, la primera operación anfibia de la historia y el mayor éxito del Ejército español de los tres últimos siglos.

El desembarco supuso la pacificación definitiva de la subcontrata que ejercíamos sobre el Protectorado francés de Marruecos, la tierra más pobre, árida y belicosa que nos tocó en suerte tras el Tratado de Fez. El Rif fue nuestro particular Vietnam: las harcas que irrumpían entre quebradas y barrancos desangraron durante años al ejército ante la indiferencia de los políticos de Madrid, hasta que la noche triste de Annual y el degüello de más de 3.000 compatriotas en Monte Arruit, sacudió a los españoles, desacreditó a la monarquía y puso fin al sistema de la Restauración. El general Primo de Rivera dio un

golpe de Estado, formó un directorio militar y suprimió las garantías constitucionales, con la promesa de poner fin, de una vez por todas, al conflicto marroquí.

Todos sabían que la solución pasaba por tomar Axdir, cuartel general de los Beni Urriaguel y capital de la autoproclamada República del Rif. Hacía años que se había aprobado un plan para desembarcar tropas en la bahía de Alhucemas, pero el fracaso de la flota aliada en Galípoli diez años antes, en una operación diseñada expresamente por Churchill, sembraba de dudas al alto mando. Sin embargo, el ataque de un envalentonado Abd el-Krim a la zona controlada por Francia puso nervioso a Pétain, que se reunió con el Dictador para convencerle y acordar una ofensiva conjunta.

Con todo, la cooperación fue simbólica. Los franceses se limitaron a enviar un pequeño contingente de marina y el resto lo

pusimos nosotros: dos brigadas, dos banderas de la Legión, una compañía de regulares y varias mehalas procedentes de Ceuta y Melilla. En total, unos 13.000 soldados, que el 8 de septiembre de 1925 saltaron de las barcasas con el agua al cuello y las balas de las ametralladoras enemigas silbándoles en los oídos, para tomar las rocas de Ixdain. La aviación había castigado las posiciones de los moros antes y los 17 carros de combate lograron consolidar la cabeza de playa, por lo que, con apenas 300 bajas, la operación resultó un gran éxito. El desembarco de Alhucemas fue objeto de estudio en las academias militares de medio mundo. Eisenhower copió su estrategia para Normandía, donde los americanos se cubrieron de gloria. La diferencia es que, mientras ellos cuentan con miles de libros y películas que lo atestiguan, los españoles no tienen un miserable día que los recuerde.